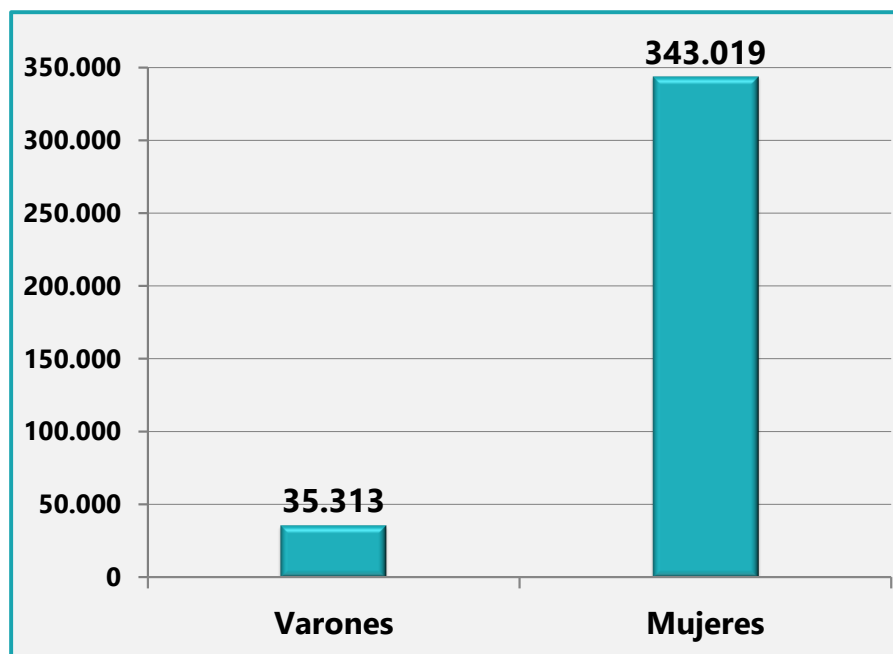


EL PESO DE LA CRISIS LO ESTÁN CARGANDO LAS MUJERES

La crisis económica ha producido un cimbronazo en la vida cotidiana del conjunto de la sociedad. Los ingresos resultan cada vez más escasos para afrontar un costo de vida que no para de aumentar. Las tarifas, el transporte, y los precios de los alimentos le ganan la carrera (en algunos casos por una amplia diferencia) a los salarios, las jubilaciones y a las asignaciones familiares.

Es inevitable que los hábitos sociales tengan que acomodarse a esa nueva realidad. Cambian los patrones de consumo; el acceso a determinados bienes y servicios se ve limitado; y se acrecienta la necesidad de generar nuevos ingresos. La cotidianeidad de toda la sociedad se ve trastocada. En este contexto, la realidad de las mujeres se vio especialmente alterada, en particular, en lo que respecta a su situación laboral.

Gráfico 1. Variación de la población económicamente activa entre 2016 y 2018. Según género. Total de aglomerados relevados por EPH. Segundos trimestres de cada año.



Fuente: CETyD, en base a EPH (INDEC).

Entre 2016 y 2018, más de 340.000 mujeres que no trabajaban ni buscaban empleo, accedieron al mercado de trabajo. El dato resulta relevante por sí mismo, pero adquiere una dimensión particular cuando se lo contrasta con la situación de los hombres: durante el mismo período, sólo 35.000 varones se incorporaron a la población activa. Expresado de otro

modo, del total de la población que se integró al mercado de trabajo durante los últimos dos años, el 91% fueron mujeres.

El incremento en la tasa de actividad de las mujeres constituye, quizás, uno de los aspectos más significativos (y, a la vez, menos observados) del comportamiento del mercado laboral desde fines de 2015. Indudablemente, este fenómeno está asociado con el proceso de redefinición del rol de las mujeres en la sociedad, que resulta justamente en una mayor incorporación al mercado laboral (entre otras derivaciones). Sin embargo, la dimensión y la velocidad que se evidencia en los últimos años sugiere que una parte importante de esta evolución está más relacionada con la necesidad de compensar la caída del ingreso familiar, antes que ser la consecuencia de los cambios en los patrones culturales y sociales.

Gráfico 2. Variación del número de ocupadas mujeres según categoría ocupacional entre 2016 y 2018. Total de aglomerados relevados por EPH. Segundos trimestres de cada año.



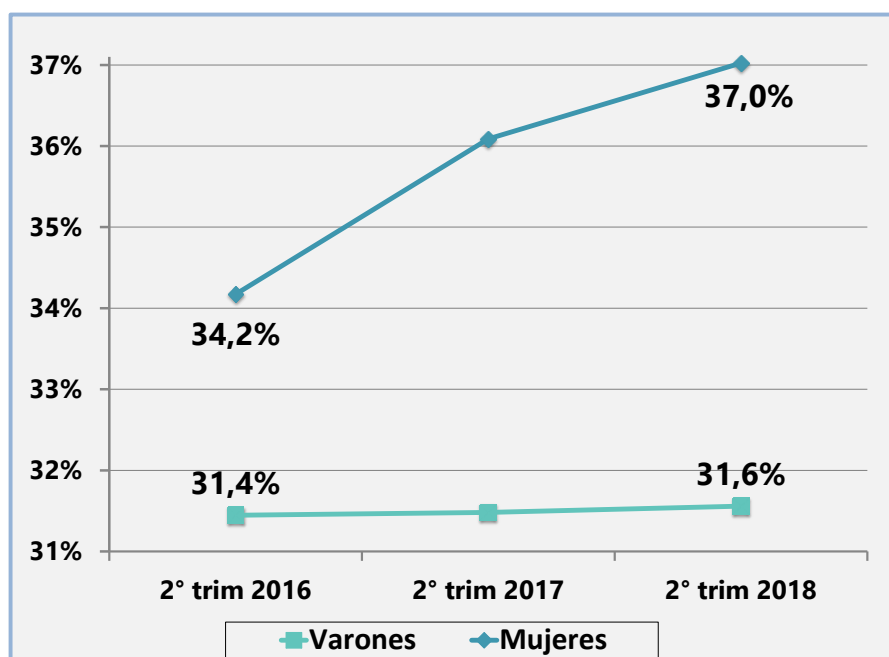
Fuente: CETyD, en base a EPH (INDEC).

Una característica adicional de este proceso es que, como consecuencia de la situación económica y de la falta de políticas públicas para generar empleos de calidad, los resultados de esas búsquedas laborales no fueron los mejores. La mayoría de las mujeres que se incorporaron al mercado de trabajo accedió a empleos precarios o, directamente, se sumó a la población desocupada: 320 mil mujeres obtuvieron un empleo no registrado o no asalariado (en su mayoría, por cuenta propia) y más de 50.000 quedaron desocupadas. Al

mismo tiempo, y como era previsible, el empleo precario entre las mujeres creció mientras el empleo registrado se contraía: hoy hay 30 mil asalariadas menos que hace dos años.

Los cambios observados en el universo de las mujeres han sido determinantes para el comportamiento global del empleo. De hecho, no resulta arriesgado afirmar que los procesos de precarización laboral y de aumento de la desocupación que atraviesa nuestro país desde 2016 obedecen, principalmente, a lo ocurrido con el empleo femenino. De acuerdo con las estadísticas oficiales, más del 90% de los empleos precarios creados desde esa fecha fueron ocupados por mujeres. La tasa de empleo no registrado creció casi tres puntos entre las mujeres (mientras que se mantuvo prácticamente estable entre los hombres). Y dos de cada tres nuevos desocupados son mujeres.

Gráfico 3. Evolución de la tasa de empleo no registrado según género. Periodo 2016-2018. Total de aglomerados relevados por EPH. Segundos trimestres de cada año.



Fuente: CETyD, en base a EPH (INDEC).

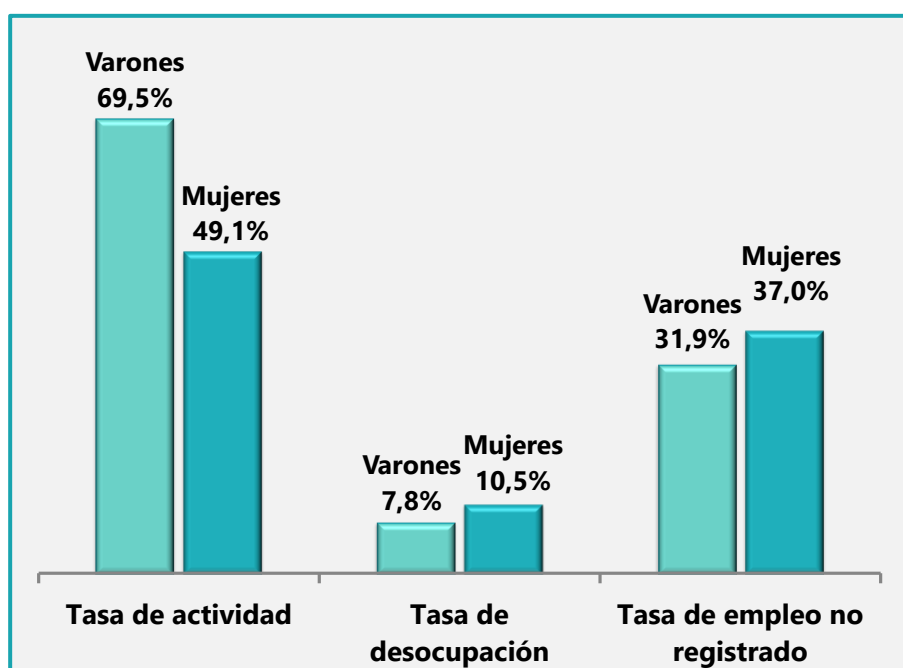
La consolidación de una posición relegada

Lo sucedido desde 2016 no ha hecho más que consolidar una característica preexistente del mercado de trabajo: la inserción relegada de las mujeres.

Ellas participan significativamente menos en el mercado de trabajo: la tasa de actividad femenina es 20 puntos porcentuales inferior a la de los varones: 49,1% contra 69,5%.¹ Además, entre la población ocupada, las mujeres trabajan, en promedio, diez horas semanales menos que los varones (32 horas contra 42).² Estas diferencias guardan relación con el hecho de que las mujeres destinan al trabajo doméstico no remunerado en el hogar una cantidad de tiempo promedio que es casi tres veces superior a la de los varones (6 horas diarias contra 2).³

En simultáneo, entre las mujeres insertas en el mercado laboral se observan mayores dificultades para conseguir un empleo. Esta circunstancia se refleja en una tasa de desocupación más elevada entre las mujeres: los datos del tercer trimestre de 2018 indican que la tasa de desocupación fue del 7,8% entre los varones y del 10,5% entre las mujeres.

Gráfico 4. Tasas de actividad, desocupación y empleo no registrado, según género. Tercer trimestre de 2018. Total de aglomerados relevados por EPH.



Fuente: CETyD, en base a EPH (INDEC).

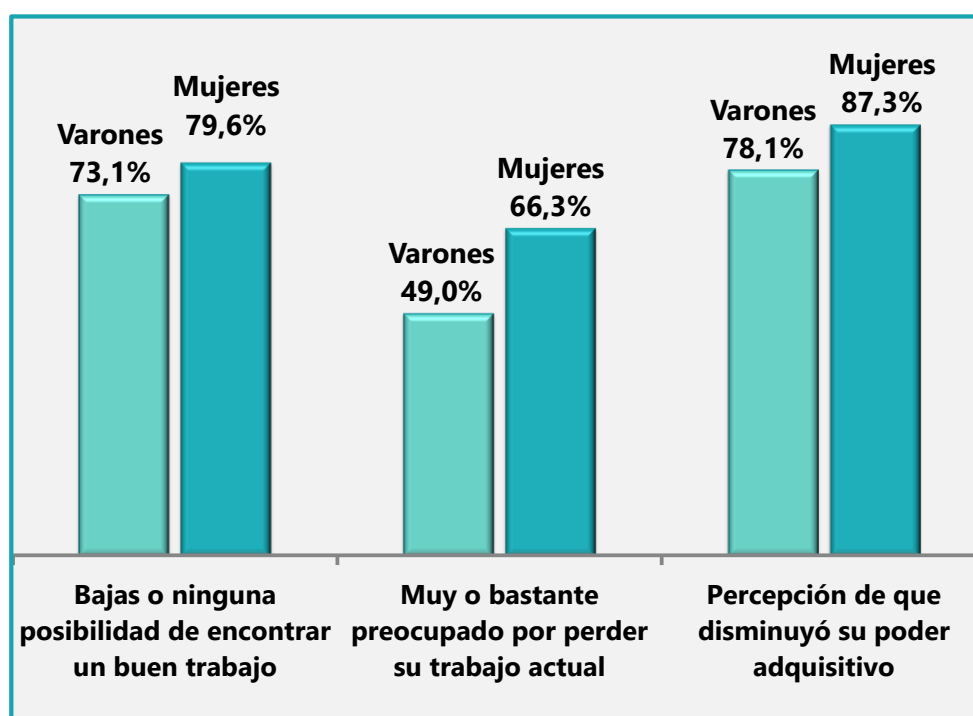
¹ Datos de la EPH (INDEC) correspondientes al tercer trimestre de 2018.

² Datos de la EPH (INDEC) correspondientes al segundo trimestre de 2017.

³ Datos de la Encuesta sobre Trabajo No Remunerado y Uso del Tiempo del INDEC (2013). Se incluyen aquí los quehaceres domésticos (limpieza de casa, aseo y arreglo de ropa; preparación y cocción de alimentos, compras para el hogar; reparación y mantenimiento de bienes de uso doméstico); las actividades de cuidado de niños, enfermos o adultos mayores miembros del hogar; y las actividades dedicadas al apoyo escolar y/o de aprendizaje a miembros del hogar

Las desigualdades de género también se expresan en materia salarial. Los ingresos laborales mensuales de las mujeres son inferiores en un 27% a los de sus pares masculinos. La mayor diferencia tiene lugar entre los trabajadores no registrados, donde la brecha salarial asciende al 39%.⁴ Esta disparidad obedece a una multiplicidad de factores. Entre ellos se cuentan, en primer lugar, la ya comentada menor cantidad de horas que las mujeres dedican al trabajo remunerado, como consecuencia de la responsabilidad mayor en las tareas de cuidado. Por otro lado, las mujeres se encuentran sobrerrepresentadas en ocupaciones cuyos niveles salariales son inferiores a los del promedio, característicos de sectores de actividad como son la enseñanza y el trabajo doméstico. A su vez, la informalidad laboral (que está asociada a menores salarios) es un fenómeno que afecta más a las mujeres que a los varones: 37% contra 31,9%, de acuerdo con los datos del tercer trimestre de 2018. Y entre las propias mujeres, también es posible observar diferencias salariales entre quienes tienen niños a cargo y las que no.

Gráfico 5. Percepciones sociales según género. Noviembre de 2018. Gran Buenos Aires.



Fuente: CETyD, en base a Monitor Sociolaboral de Opinión Pública#8 (noviembre 2018).

Las percepciones sociales identifican de manera muy nítida la posición relegada que ocupan las mujeres en el mercado de trabajo. De acuerdo con los datos del último Monitor

⁴ Datos de la EPH (INDEC) correspondientes al segundo trimestre de 2017.

Sociolaboral de Opinión Pública del CETyD (publicado en noviembre de 2018), las mujeres consideran que tienen menos posibilidades que los hombres de conseguir un buen trabajo; las que están empleadas manifiestan una mayor preocupación por perder su fuente laboral; y hay una mayor proporción de mujeres que considera que durante los últimos meses ha perdido poder adquisitivo⁵.

Reflexiones finales

El proceso de deterioro de la situación laboral que atraviesa nuestro país desde 2016 responde fundamentalmente a lo ocurrido con las mujeres: son ellas quienes han ocupado la gran mayoría de los empleos precarios que se han creado durante esta gestión de gobierno. Y también son ellas las que más han padecido la exclusión de una estructura productiva que es cada vez menos dinámica en la generación de oportunidades laborales de calidad. El peso de la crisis lo están cargando las mujeres porque debieron salir masivamente a buscar trabajo y, cuando lo hicieron, el mercado o bien les cerró las puertas, o bien les abrió una puerta trasera para que ocupen un lugar subordinado en él.

⁵ El Monitor Sociolaboral de Opinión Pública desarrollado por el CETyD es un relevamiento de 1.400 casos representativo de la población residente del Área Metropolitana de Buenos Aires, comprendida por la Ciudad de Buenos Aires y los 24 partidos que integran el conurbano bonaerense. Su objetivo principal reside en aportar evidencia empírica sobre un conjunto de actitudes y percepciones de los argentinos referidas al mundo del trabajo y a la coyuntura sociolaboral.